

## SECCION LITERARIA

## CARNAVAL

A Rafael Vaca Solorio,

¡Carnaval!:

pirotecnia de luces y de carnes,  
milagro de confetti y de claveles,  
resurrección de flautas y de risas,  
emporio de alegrías y de bellezas.

¡Carnaval!:

estilizaste en todas las caretas  
las indomables muecas del espíritu!  
... pasaste por las calles y las plazas  
un oculto dolor borrando a todos,  
con tu corte de clowns y colombinas  
y todos tus deformes cuasimodos.

¡Nocturno cabaret!:

el hambre oficia  
en una rara comuña de canes,  
— détritico de la escoria y de los fangos —  
se abrazan meretrices y truhanes  
obedientes al ritmo de los tangos.

Noctámbulos gígalos

olorosos a mugre y a narcizo,  
maestros de la crápula y del vicio  
que llevan en su traje la protesta  
rebelde de los míseros harapos  
aspirando al jaquet de los magnates.

Mujeres que alquilan esa noche  
lujosa indumentaria de aristócratas  
para ataviar su carne flagelada  
por los siete pecados capitales;  
carne donde los sátiros dejaron  
estampadas las huellas digitales.

¡Reina del arrabal!

... una mujer que lleva en las pupilas  
coagulada la perla de una lágrima;  
el flácido temblor de sus caderas  
es un himno de pétalos caídos;  
¡bajo su desnudez hay una historia!  
y a través de su danza se adivina:  
el galán que se fué sin despedirse,  
el paro de una fábrica

y un rosal transformado en una espina.

El Rey Feo:

un hampón

que aprendió gestos de histrión  
en el guiñol del hambre;  
le cubre el triste andrajo que le cuelga  
un haz de fuertes nervios ya deshecho;  
¡el Rey Feo!

un hampón

que guarda en el arcón de sus memorias  
los trágicos recuerdos de una huelga.  
¡Olor de humo, de coito, de miseria!  
en un rincón dormitan unos cuantos,  
borrachos de alcohol y de cansancio.

En la ciudad la noche se hizo trizas  
contra de los letreros luminosos;  
la urbe se incendió con las miradas  
de sus mujeres bellas  
que arrojan al asfalto de las calles  
los cristales sonoros de sus risas.

El buen Momo contempla satisfecho  
el desfile de senos y de charros,  
¡batallas de confetti y serpentin,  
el folklórico traje de los charros  
y el rojo zagalejo de las chinas!

En los clubs y casinos  
se derraman la sidra y el champán,  
sortilegios de risas y colores  
entre el brindis, la copa y la canción.

Y los hijos de nadie, del arroyo,  
los descendientes del amor proscrito,  
los que tienen su hogar en el suburbio  
y por techo el cristal del infinito,  
se llevaron a Momo a sus imperios  
para darle el ritual de la tristeza  
envuelto en el disfraz de la miseria.

Y mientras los burgueses en las calles  
coronan a una reina y a un "rey feo",  
coronan a una reina y a un "rey feo",  
y entierran esa noche el "mal humor",  
dentro del cabaret, los irredentos  
sepultan al cadáver del ensueño  
y hace su aparición  
en el salón  
su Majestad: el Hambrero.

Hampón:

ayer brero,  
carne de proletario,  
hoy ratero,  
mañana presidiario.

Meretriz:

regalo de hospital,  
ayer trabajadora,  
¡pobre cabaretera,  
espera... espera...  
en las pupilas llevas una aurora  
y en el alma, tejida, una bandera.

¡Carnaval!:

estilizaste en todas las caretas  
las indomables muecas del espíritu!  
pasaste por las calles de la urbe  
con tu corte de clowns y Colombinas,  
y tu marcha triunfal de cuasimodos.  
una vieja emoción dejando a todos

## EL MAESTRO SIN PULSO

"Dale tu hijo a un esclavo,  
y en vez de un esclavo ten-  
drás dos — decía Séneca.

El magisterio nacional ofrece  
un caso de lamentable maso-  
quismo. Una abulia, peligrosa  
por su trascendencia ineludible  
en el alma de las nuevas gene-  
raciones, es la manifestación  
clínica más visible en el cuerpo  
magisterial. Pesa sobre ellos la  
maldición del silencio. Sus vi-  
das tienen la tristeza del pé-  
dulo.

Hay algo de hondamente pe-  
ligroso en esa instrucción ané-  
mica, sin el aliento revolucio-  
nario del forjador. Sacris-  
tanes, así, de la cultura, su obra  
no imprime a la nueva concien-  
cia de la juventud esa inspira-  
ción creadora que es el espíritu  
vibrante del progreso y fuerza  
constanté de superación libera-  
dora, sino esa clásica molicie  
que enfatua y que esclaviza.  
Entonces, vale decir, nuestros  
maestros, dóciles instrumentos  
de la barbarie política que ha  
venido rigiendo los destinos del  
país, no han hecho otra cosa  
que domesticar a nuestros jó-  
venes para la servidumbre po-  
lítica de adentro y el vasallaje  
de los imperialismos de afuera.

Desde estas páginas que son  
hoy tribuna de sindicación por  
el daño que su cobarde manse-  
dumbre puede inferir en el or-  
ganismo social, y que serán  
también para luchar por su li-  
beración, nosotros acusamos a  
los maestros de escuela de acep-  
tar conformes ese papel anti-  
social y abyecto de bueyes de  
la docencia.

Reducidos sus emolumentos a  
una ración para mendigos por  
la avaricia sórdida del ex-Pre-  
sidente Arias, el Magiste-  
rio guardó el más cobarde si-  
lencio.

Calumniado, perseguido, me-  
nospreciado por los paniagua-  
dos y sibaristas de la dirección  
del Ramo, y por los caciques de-  
generados de la aldea, el Magis-  
terio ahogó su dignidad en el  
silencio de su masoquismo.

Ante la confusión adminis-  
trativa y la mezquina inversión  
de los valores docentes produ-  
cida por la impudicia de los  
falsos mentores de la pedagogía  
oficial, el magisterio se ofrece  
como víctima propicia en su si-  
lencio fatal.

Relegado ostensiblemente al  
plano de las desconsideraciones  
más humillantes como los ser-  
vidores de menos significación  
para el estado; negados sus de-  
rechos a percibir los sobresuel-  
dos atrasados por una cuadrilla  
de diputados insaciables, obe-  
dientes a la voz del sectarismo  
más inicuo y salvaje, el magis-  
terio sigue en su silencio hierá-  
tico, como los bueyes dóciles  
que no saben nunca para qué  
son sus cahos.

Y estos son los maestros que  
han de vivir y proyectarse en  
nuestros hijos... "Dale tu hi-  
jo a un esclavo, y en vez de un  
esclavo, tendrás dos".

En Costa Rica, una vez, los  
maestros hicieron una revoluc-  
ción para ocupar su puesto en  
el organismo social y los maes-  
tros de Costa Rica están ha-  
ciendo la grandeza de su país.

A raíz de la caída de Macha-  
do, había en el ambiente aún  
el humo de los proyectiles y so-  
bre las baldosas agrietadas no  
se había descuajado aún la san-  
gre libertadora, cuando los  
maestros de Cuba elevaron su  
profeta viril y concreta que de-  
cidió el mejoramiento que la  
realidad del movimiento indi-  
caba como un imperativo para  
el educador cubano.

Son los maestros la falange  
de la vanguardia en la prodi-  
giosa transformación de Méxi-  
co. Maestro con el fusil al

hombro, en defensa de la cul-  
tura contra la barbarie clerical  
y capitalista; maestros colgados  
de los árboles por las sotanas  
asesinas o traspasados el vientre  
por la daga traidora del ma-  
yoral servil; maestros de recia  
estirpe prometeana, en las tri-  
bunas más altas del pensamien-  
to construyendo adentro para  
la libertad, que es civilización y  
cultura, y empinados desde la  
cumbre de la fraternidad revolucio-  
naria, mostrando a los ma-  
gisterios castrados de América  
la verdad de México y el ca-  
mino único de la redención hu-  
mana.

Ah! maestros de mi país: si  
el ejemplo viril de los maestros  
de estos países fuera para voso-  
tros la palabra de Lázaro!!...

ROMANCE DE HIERRO  
Y DE SANGRE

—ooOoo—

—Por H. Espinosa Altamirano—

—ooOoo—

¡O triunfan férreos tiranos,  
o vence la España roja...  
¡España mía de Séneca,  
mi España de Covadonga,  
la que fundiera Pelayo  
con los bronces de la aurora,  
la que detuvo en Lepanto  
el alfanje de Mahoma.

Tierra regada con sangre  
de razas conquistadoras.  
Pasan las rojas conquistas  
y siempre España está sola,  
que no mengua su valía  
ni el triunfo ni la derrota,  
¡y es más grande vencida  
que dueña de cien colonias!...

Pasan las férreas legiones  
de la del Mundo Señora:  
tiempo después va Trajano  
a ser el señor de Roma.  
Llegan los hombres de bronce  
y se despierta una aurora  
de cultura, que florece  
en las mezquitas de Córdoba.  
Anibal, los Visigodos,  
—el genio y las blancas hordas—  
todq se funde en España  
como en crisoles de forja.  
Para fundir el acero  
de nuestra stirpe española,  
se vertieron sobre España  
los metales de la Historia.

El oro rubio de América  
pudrió la fuerza española.  
El fanatismo orinó  
la hoja de su tizona.  
Y el rey y la nobleza  
y la stirpe de Loyola,  
hicieron de un pueblo fuerte  
un cadáver de la Historia.

Mas los pueblos nunca mueren,  
menos, la raza española,  
que hundió raíces eternas  
en las entrañas de Europa.

Ahora despierta España  
y destroza las coronas  
de los Borbones famélicos  
y los templos de Loyola.  
Ahora despierta España,  
la España bravía y tosca,  
la España que tiene hambre  
y teniendo hambre razona,  
y razonando destruye  
los hierros que la aprisionan.

El pueblo se ha despertado  
la sangre corre, borbota  
La masa se ha despertado,  
tiene furios de loba,  
¡contra el rostro del fascismo  
el puño obrero rebota!

No pueden los viejos idolos  
detener la roja ola.  
El pueblo lucha sin tregua  
y ya España no está sola.  
Luchan al lado del pueblo  
Las masas todas de Europa.  
Se está jugando en España  
el destino de esta hora:  
¡o triunfan férreos tiranos,  
o vence la estrella roja!...

## HA CAIDO UN HOMBRE

—ooOoo—

Cuando me lo dijeron no quise  
creerlo. Y es que esas cosas pare-  
cen siempre increíbles cuando, to-  
davía, no se tiene atrofiado el co-  
razón... ¡Durruti, "nuestro" Dur-  
ruti, ha muerto! Lo repito. No qui-  
se creerlo. Y, sin embargo, era bien  
cierto....

¡Buenaventura Durruti ha muer-  
to!

Nuestro querido camarada, ha  
caído, en tierras madrileñas, vícti-  
ma de una bala traidora y crimi-  
nal....

Nuestros labios crispados en irre-  
primible rictus de amargura, una  
amargura preñada de odio— odio  
feroz y doloroso, que nos desgarró  
el corazón y convierte en hiel los  
últimos resabios de piedad que pu-  
dieran quedarnos—, musitan su  
nombre....

¡Buenaventura Durruti ha muer-  
to!

Pero... ¿ha muerto, de veras?  
¿Es posible que haya desaparecido  
para siempre aquel bravo luchador  
que todos admirábamos?

¡No! Durruti, "nuestro" Durruti,  
no ha muerto! Su alma, recta y va-  
ronil, vive todavía entre nosotros.

Los hombres como Durruti no  
mueren, ¡no pueden morir! porquq  
su espíritu —lo único válido real-  
mente— es inmortal. Como el Ave  
Fénix mitológica, renace de sus ce-  
nizas.

Hoy más que nunca vive Durruti.  
Vive en el pecho de nuestros mili-  
cianos, de esos valientes muchachos  
que, a su imagen y semejanza, se  
han jurado morir antes que ser ven-  
cidos. Y lo cumplirán, ¡no lo du-  
déis!, pues al amor a la causa se ha  
juntado el horrible acicate de la ven-  
ganza.

Y si el amor es una fuerza, el o-  
dio, cuando nace de un sentido jus-  
tificado largo tiempo ahorrado, la  
hace mil veces más poderosa...

Ante el impulso avasallador de  
un pueblo oprimido y maltratado,  
que se lanza al combate sediento de  
justicia y ardiendo en ansias libe-  
radoras, ¿quién puede dudar de  
victoria?

¡Descubrid, camaradas! ¡He caí-  
do un Hombre!

## REMEMBER:

Pasa una columna....  
Los milicianos —jóvenes y viejos—  
tes en su mayoría— parten, con el  
do, hacia la Victoria... o hacia la  
Muerte.

Muchos —casi todos—, llevan su  
rollado al cuello, como enseña glo-  
riosa, la bandera roji-negra, símbo-  
lo de la Libertad, de esa Libertad  
por la cual, gozosos, ofrecen su vi-  
da.

Algunos —niños aún— descubren  
to el pecho, todavía impúber, el pe-  
lo alborotado, parecen jóvenes. En  
ellos disfrazadas de muchachos. En  
sus ojos, no obstante, brilla una lu-  
cesita trémula y ardiente, y en sus  
labios, de suaves curvas infantiles,  
se cierran con firmeza, signifi-  
ca decisión inquebrantable: o ven-  
cer, o morir.

Pasa una bandera....

Es una muchacha, una niña casi  
quien la lleva. Y yo, víctima de mi  
cobardía —esa debilidad sentimen-  
tal que me sujeta, aun a pesar mio,  
junto a unos padres viejos y abor-  
donados—, la miro con envidia....

Tal vez —musito, a media voz—  
un nuevo atardecer como el de hoy  
alumbrará su cadáver... y yo...

... Y tú —repite, junto a mí, a  
na voz lejana, casi olvidada—, con-  
tinuarás arrastrando, día tras día,  
esta humillante, resible y trágica  
existencia....

Quedé atónita. ¿Cómo resuenó,  
"todavía", aquella voz?...  
Miré a mi alrededor. Terminado  
el desfile, la muchedumbre se dis-  
persaba, lentamente.

Luego, tampoco "él se ha ido—  
pensé—. También "él", como yo,  
continúa soportando "eso".... ¡Y  
"él" es un hombre!....

Y una oleada de rubor me asoló  
el rostro, al pensar que un día—  
hace tiempo, mucho tiempo—pude  
amarlo....  
Ada MARTÍ